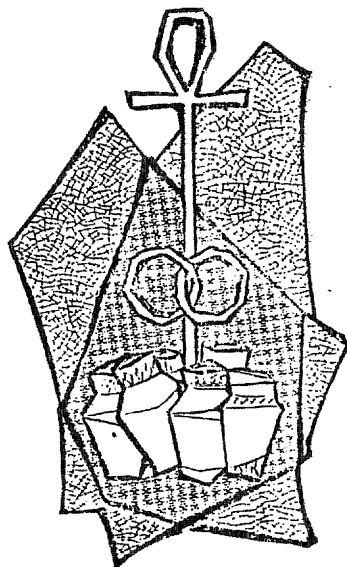


LA VIDA ESPIRITUAL EN LAS COMUNIDADES RELIGIOSAS

Jon Sobrino



Este trabajo, pensado como una breve introducción a la problemática de la vida espiritual en la vida religiosa, fue presentado en Enero de este año en una reunión sobre el tema de superiores jesuitas de Centroamérica. De ahí sus alusiones a la Compañía de Jesús y S. Ignacio. Creemos sin embargo que puede ser útil para iluminar en general el problema de la vida espiritual de los religiosos.

La vida espiritual es algo tradicional en la vida religiosa. Sea cual fuere su última esencia y sean cuales fueren sus prácticas, la vida espiritual es tradicional porque se nos entrega de generación en generación; y en esa entrega se presupone su obvia importancia y necesidad.

No es de extrañar, por lo tanto, que periódicamente los superiores nos recuerden su importancia y necesidad. El P. Arrupe ha insistido últimamente para nuestra provincia en la necesidad de mantener y acrecentar el vigor de la fe — otra forma de mencionar la vida espiritual en un nuevo lenguaje —, pues sin él, nuestro trabajo apostólico carecerá de su última raíz y estará amenazado desde dentro.

La tradición secular de la vida espiritual y el recordatorio periódico de su importancia nos debería llevar a tomar en serio la vida espiritual. La experiencia acumulada de siglos no suele engañarse en cosas de esta naturaleza, sobre todo cuando se trata de realidades que atañen a la constitución de la persona y de grupos de personas, pues en ellos persisten ciertas constantes a lo largo de la historia, aún cuando ésta cambie. A mi entender, todos

intuímos — — sea cual fuere nuestra comprensión de la vida espiritual, nuestras prácticas y nuestras críticas a determinadas concepciones y prácticas — — que este tema es de suma importancia y decisivo para la vida religiosa.

Pero por otra parte la mera repetición de la importancia y necesidad de la vida espiritual y sus prácticas no genera por sí misma y necesariamente una vigorosa vida espiritual. Como suele ocurrir con frecuencia la verdad genérica sobre la vida espiritual no se hace real si no se historiza. Y para historizarla es necesario que lo que hay de eterna verdad en la importancia y necesidad de la vida espiritual surja siempre de nuevo desde una determinada situación histórica, que la vida espiritual se muestre eficaz para vivir la vida religiosa en una forma cristiana y, en último termino, que la vida espiritual sea eficaz para transformar la realidad secular circundante en la dirección del reino de Dios.

A mi entender, algo de esto es lo que está sucediendo ahora. Existe un nuevo interés por la vida espiritual; existe un replanteamiento al menos de su importancia, y existen nuevas realizaciones. Pero el hablar de nuevo sobre la vida espiritual no surge primordialmente por pura fidelidad formal a la tradición secular — — aunque se intuya en ello una profunda verdad — —, sino por fidelidad a la propia situación, que vuelve a plantear de nuevo y desde dentro de sí misma el problema de la vida espiritual.

Es significativo, por ejemplo, que la teología de la liberación, más interesada en un principio en la práctica de la fe, esté poniendo énfasis en el tratamiento de temas espirituales, como la oración, la contemplación y, en general, lo que se puede denominar una espiritualidad de la liberación.

Lo que a continuación pretendemos ofrecer es, más que una consideración teórica de lo que es la vida espiritual, una descripción reflexiva de lo que ha ocurrido en los últimos años, para encontrar aquellas raíces históricas que hacen replantear la realidad de la vida espiritual y su configuración concreta en la actualidad.

Antes de comenzar esa reflexión digamos, sin embargo, qué entendemos por vida espiritual, aunque no demos una definición o descripción muy analítica. Pudieramos comenzar diciendo que vida espiritual no es otra

cosa que vida con espíritu y, más en concreto, vida con el espíritu de Jesús. Esta afirmación puede parecer escensivamente simple o puramente nominalista o tautológica. Pero si no damos por supuesto que ya sabemos cristianamente qué es vida y qué es espíritu y la relación entre ambos, entonces al ahondar en estos dos elementos, podremos avanzar un poco en la comprensión histórica de la vida espiritual.

La importancia de este enfoque consiste en no comprender la vida espiritual a partir de sus prácticas específicas, por importantes y necesarias que sean, sino a partir de algo mas abarcador como es la vida misma, de la cual las prácticas espirituales son expresión y para la cual son iluminación y motivación. Uds. podrán analizar después las prácticas concretas en las comunidades. Lo que intento ofrecer ahora son algunos principios fundamentales para la comprensión, evaluación de esas prácticas y su configuración en el futuro inmediato, de acuerdo a la realidad en que vivimos.

1. La lección de los años setenta: la relación entre vida espiritual y vida histórica.

Si comparamos la vida religiosa en la actualidad con la de hace diez o quince años no se puede negar que se ha operado un gran cambio y que éste ha alcanzado a la vida espiritual. Los años setenta fueron decisivos en este aspecto. Lo que estaba en juego, en mi opinión, fue la discusión sobre si existen cauces automáticos y autónomos de la vida espiritual o si éstos deben existir en un cauce mayor y más primigenio, que podemos denominar, vida, vida histórica, vida cristiana, Lo que en cualquier caso se quiso enfatizar es la necesidad de la "vida" real para la vida "espiritual".

1.1 Como fenómeno general podemos afirmar que los religiosos más impactados y consecuentes con el Vaticano II y Medellín comenzaron a sospechar de la concepción mecánica de la vida espiritual a partir de sus mecanismos específicos. Por una parte se dio una búsqueda de nuevas formas y prácticas espirituales más acordes con la nueva situación. Por otra parte se dio un mayor o menor abandono, que en algunos casos llegó hasta el desprecio, de las antiguas prácticas y su teología subyacente. Pero en cualquier caso se hizo hincapié en lo que hay de vida histórica, vida real, en la vida espiritual. Y desde ahí se replanteó en serio el significado último de la vida cristiana y su estructura fundamental.

No podemos ahora alargarnos en repetir lo que es de sobra conocido. Pero sí es conveniente recordar el redescubrimiento de las características fundamentales de la “vida” cristiana. Se recalcó en esos años la necesidad ineludible de **encarnación** en la realidad centroamericana, no sólo a niveles culturales, sino a niveles sociales, donde más claramente aparecía la miseria, la opresión, la injusticia y la represión a las que están sometidas las mayorías centroamericanas. Esa encarnación puso a los religiosos en contacto, más o menos inmediato, con los pobres reales, y ellos se convirtieron en el “lugar” de la vida cristiana. Se tomó además la opción por los pobres, formulada diversamente. Pero lo importante de esa opción es que la vida cristiana fue comprendida como **práctica servicial** a los pobres, que cada vez más fue vista como práctica desde los pobres. La práctica del amor, especialmente en la forma de justicia, acompañada por lo tanto de la denuncia del pecado estructural y de la búsqueda de transformaciones estructurales, se convirtió en el contenido fundamental de la vida cristiana. Por último, este tipo de encarnación y de práctica acarreó, en mayor o menor grado, la **persecución** que es a la vez muestra de la solidaridad con el pueblo oprimido, criterio de verificación de la encarnación y de la práctica del amor, e ingrediente, históricamente necesario, de la vida cristiana.

Lo importante de esta década fue por lo tanto el redescubrimiento de la vida real de las mayorías pobres y el redescubrimiento evangélico de que a ellos se dirige la buena noticia. Los pobres, así entendidos, se convirtieron en el “lugar” de toda vida cristiana y por ello de toda vida religiosa. Y, lo que es más importante para nuestro tema, se descubrió que ése era también el lugar para la vida espiritual. Lo que añade o matice el adjetivo “espiritual” al sustantivo “vida” no puede ser comprendido ni realizado desde otro lugar que no sea la vida histórica. Dicho brevemente, la intuición que fue imponiéndose es que sin “vida histórica y real no podía haber vida “espiritual”.

Esta convicción fue iluminada por una nueva lectura de la Escritura y numerosas afirmaciones de documentos eclesiales. Causó gran impacto la intuición profética de que “conocer a Dios es practicar la justicia”, la intuición evangélica de que el horizonte último de la autocomprensión y práctica de Jesús era el reino de Dios, como realidad incipientemente histórica y no sólo trascendente, y el recordatorio de Mt 25 como último criterio para la fe cristiana. También Medellín formuló la misma tesis de fondo y recordó la afirmación de Pablo VI: “para conocer a Dios hay que conocer al hombre”. La CG XXXII recordó para los jesuitas que su misión fundamental es “el servicio de la fe y la promoción de la justicia”.

Todas estas formulaciones y otras elaboradas por la teología tienen algo en común. Por una parte reconocen la bipolaridad de la totalidad de la existencia cristiana. Existe en ella un elemento histórico: el reino, la justicia, el conocimiento y servicio al hombre. Y existe el elemento trascendente: Dios, el conocimiento de Dios, la fe en Dios. Por otra parte se reconoce que el elemento trascendente no es directamente accesible sino a través de su mediación histórica.

Creemos que en esta intuición hay algo irrenunciable y que es irrenunciable en nombre de la misma fe. Y creemos también que esta intuición es históricamente irreversible para muchos cristianos y religiosos, al menos en un futuro inmediato. Sean cuales fueren los problemas teóricos y prácticos que suscitó esta nueva comprensión y práctica de la totalidad de la fe, algo importante quedó en claro: no se puede confesar a Dios sin trabajar por su reino, no se puede confesar a Cristo sin el proseguimiento histórico de Jesús. Formulado en los términos que ahora nos interesan: no puede haber vida “espiritual” sin “vida” real e histórica, no se puede vivir “con espíritu” sin que el espíritu se haga “carne”.

1.2 El mero hecho de optar por la vida histórica, tal como la hemos descrito, y vivirla realmente, es ya una expresión del espíritu, y por ello la vi-histórica no es puramente histórica, sino que de alguna forma es ya vida “espiritual”. No debemos olvidar que según la fe cristiana el Espíritu es dador de vida, el Espíritu envía a proclamar la buena nueva a los pobres, el Espíritu promueve la palabra profética, el Espíritu da la fortaleza para mantenerse en la persecución etc. Una vida histórica encarnada, en favor de los pobres y mantenida en la persecución, es ya vida “espiritual”.

Pero por otra parte — como lo reconocieron los pioneros de la teología de la liberación — la práctica de una nueva vida histórica no soluciona automáticamente lo que está implicado en el adjetivo “espiritual”, aunque proponga el cauce estructural para poder solucionarlo correctamente. En mi opinión dos tipos de experiencias y constataciones históricas han motivado a volver a profundizar en lo que debe haber de “espiritual” en la vida histórica. Por una parte la honrada constatación histórica de que también los cristianos y religiosos que optaron por un nuevo tipo de vida histórica permanecen sujetos a la tentación y el pecado. Y por otra parte porque, aun dentro del cauce irrenunciable de la nueva vida histórica, el Espíritu de Dios sigue pronunciando nuevas palabras, nuevas exigencias. No se le puede poner límites **a priori** a su voluntad ni acallar arbitrariamente el “más” que surge siempre desde dentro de la historia.

Creo yo que quienes han vivido con mayor honradez el proceso de los años setenta han reconocido también que siguen sujetos a la fragilidad humana, que el mismo cauce elegido, aunque necesario y correcto, genera también su propia concupiscencia, como se puede notar por ejemplo en las tentaciones de protagonismo, en alardear de superioridad ética o en creerse inmunes a la tentación y el pecado. Además el mismo cauce elegido muestra dificultades estructurales como las de compaginar eficacia y gratuidad, lucha y magnanimidad, justicia y compasión, equidad y perdón.

Nada de esto en mi opinión ha quitado validez y necesidad a la opción fundamental y a la intuición de que no hay vida espiritual sin vida histórica. Pero ello ha hecho también formular honradamente la pregunta por el espíritu con que hay que vivir y dar vida. Según esto me parece que hay tres cosas importantes que constatar.

En primer lugar ha cobrado mayor importancia analizar no sólo la práctica de Jesús, sino también el espíritu de esa práctica, como aparece programáticamente en el sermón del monte. En la primera bienaventuranza queda claro que el principio material de la espiritualidad es la pobreza real, tal como aparece en la versión de Lucas. Pero es importante no olvidar la versión de Mateo que habla del espíritu; no para volatilizar la pobreza real, sino — en la feliz reformulación de I. Ellacuría — para ser pobres con espíritu. En la última bienaventuranza queda también claro la verificación histórica de la vida espiritual, que no es otra cosa que la persecución que sobreviene a la práctica de la justicia. Pero si éstas bienaventuranzas aparecen como evidentes en nuestra situación, hay también una recuperación de lo que se contiene en las otras, del talante espiritual cristiano explicitado en las entrañas de misericordia y en la construcción de la paz. Y sobre todo, creo yo, está bien formulado ese talante en la bienaventuranza que habla de los limpios de corazón porque ellos ven a Dios, es decir, de quienes no están apegados a sí mismos, ni siquiera a las causas por las que luchan, de quienes tienen ojos limpios, los que buscan la verdad, los castos en el sentido más profundo del término. Ellos son los que dentro de la historia se colocan siempre delante de Dios para escuchar su palabra, mayor que cualquier palabra que nosotros podamos pronunciar, aunque sea correcta. Tomadas las bienaventuranzas en su conjunto nos presentan al hombre que no sólo ha hecho una opción y se ha comprometido con la historia correctamente, sino al hombre con espíritu.

En segundo lugar ha ido creciendo la convicción de lo que podríamos llamar la “eficacia de la santidad”. Es evidente que el compromiso histórico con los pobres exige y busca la eficacia histórica. De ahí la insistencia en la liberación, en la promoción de la justicia, en la participación en procesos liberadores y, en casos límite, en procesos revolucionarios. Pero sin negar nada de esto, se ha ido viendo también que la vida con espíritu, la santidad, tiene su propia eficacia histórica. Esto no se ha descubierto por especulaciones **a priori**, sino por constatación histórica. Por poner un solo ejemplo significativo, recordemos el caso de Mons. Romero. No hay duda de su compromiso histórico. Pero su inmenso influjo social, la eficacia histórica de su práctica, no puede ser comprendida sin su propia santidad personal. La conclusión es que una vida histórica “con espíritu” no sólo no aleja a los cristianos de los problemas reales, sino que los hace más eficaces para la liberación de los pobres.

Por último creo que se ha recobrado la convicción de explicitar la vida con espíritu en prácticas espirituales. Ha aparecido de nuevo su necesidad, pero no por consideraciones **a priori**, sino porque así lo exige la vida real y porque ésta se hace menos cristiana cuando faltan aquellas. En un sentido se ha hecho verdad que la realidad lleva su propia exigencia a explicitarse a los niveles de sentido y, a la inversa, que cuando no se explicita se puede dudar de que exista la tal realidad. Pero además, ha aparecido la necesidad de la explicitación espiritual, tanto para la iluminación como para la motivación de la vida histórica.

No podemos entrar ahora en la discusión teórica sobre qué es lo que tiene supremacía según la fe cristiana: la vida o su explicitación, el modelo de “**contemplativus in actione**” o el de “**contemplata aliis tradere**”. Personalmente creo en la última supremacía de la vida sobre su explicitación. Pero por otra parte no podemos negar que existe al menos una dialéctica entre vida con espíritu y explicitación del espíritu con que se vive. En este sentido, las prácticas de espiritualidad, aunque no gozan de autonomía con respecto a la vida histórica, son necesarias porque son eficaces para vivir la vida con más espíritu. Por todo ello, aunque algunas prácticas puedan o deban ser abandonadas y otras modificadas, ha aparecido la necesidad de ellas, sobre todo de aquellas que tocan las últimas raíces de la vida cristiana, como son la eucaristía, la oración, los ejercicios espirituales.

En resumen, creo yo que la gran lección de la década de los setenta para la

vida espiritual es doble. Por una parte, la absoluta necesidad de vida histórica para que pueda existir vida espiritual. Este logro es el más novedoso y es fundamental desde la fe cristiana. Es por ello también irrenunciable y en buena medida es irreversible para muchos cristianos y religiosos. Y por otra parte la necesidad de vivir la historia con espíritu cristiano, que nos sigue juzgando aun dentro del cauce correcto de la vida histórica, y sobre todo sigue exigiendo, cada vez de una forma nueva y mayor, para profundizar en la historia cada vez más cristianamente.

Dicho de forma gráfica, se trata de comprometerse históricamente en la construcción del reino de Dios y así acceder a Dios, y de ser hombres de corazón limpio para ver a Dios y así construir su reino. O, dicho de otra forma, se trata de hacer **lo que** hizo Jesús y hacerlo cada vez **como** lo hizo Jesús, sin que esto suponga ningún fundamentalismo, precisamente porque se trata de vivir según el Espíritu de Jesús, que por una parte nos remite siempre a él, a lo suyo concreto, a su memoria peligrosa, y por otra parte abre nuevos caminos, nuevas interpelaciones, nuevas mediaciones históricas.

2. Importancia de la vida espiritual en la actualidad

En la actualidad, como decíamos al principio, existe una nueva preocupación y un renacimiento de lo que hay de “espiritual” en la vida de los religiosos y religiosas. Por una parte la misma vida religiosa posee sus propias exigencias, que no se resuelven automáticamente por haber elegido un nuevo cauce de vida histórica, aunque éste proporcione profundo sentido a la vida religiosa. Sin embargo permanece la problemática típica de la vida religiosa: la disponibilidad de la obediencia, la entrega y soledad del celibato, el abajamiento de la pobreza, lo que posibilita y condiciona la vida comunitaria etc. Todas éstas son realidades con sus propias posibilidades y sus propias dificultades, que necesitan espíritu para que éstas se superen y aquellas produzcan frutos.

Ahora, sin embargo, queremos concentrarnos en las realidades históricas en que se vive la vida religiosa en Centroamérica y que sólo pueden ser vividas cristianamente con espíritu. Mencionamos las que nos parecen ser más importantes, aunque su importancia varíe según la situación de los diversos países.

2.1 La persecución es una realidad bastante generalizada que exige un **espíritu de fortaleza**. Todos conocemos la represión al pueblo que se ha dado y se sigue dando en muchos de nuestros países. Cuando los religiosos y las religiosas se han solidarizado en verdad con el pueblo también a ellos les ha sobrevenido la persecución. Es ésta una de las formas eficaces a través de las cuales los religiosos y las comunidades religiosas deben hacer opciones últimas, arriesgadas y difíciles.

La disponibilidad a la persecución y, sobre todo, a mantenerse firmes en ella no es algo fácil ni evidente, no se deriva de la inercia de la vida religiosa ni de sus principios genéricos. Significa volverse a lo profundo de la vida cristiana, al principio fundamental del amor cristiano, a la disponibilidad de dar de la propia vida y aun la propia vida.

En esta situación de persecución se necesita espíritu, el espíritu de Jesús en el huerto y el espíritu del buen pastor, dispuesto a no abandonar a las ovejas cuando sobreviene el peligro. Tanto para mantenerse personalmente en la persecución como para mantener a quienes trabajan o dependen de nosotros se necesita un especial espíritu de fortaleza, se necesita la fuerza del espíritu mayor que los miedos y temores. Se necesita oír en medio de la fragilidad la palabra reconfortante de Jesús: "No teman. Yo he vencido al mundo". Y se necesita creer hasta el final la palabra definitiva de Jesús: "Nadie tiene más amor que el que da su vida por los hermanos". Vida "espiritual" significa por lo tanto hoy vida con espíritu de fortaleza.

2.2 Las nuevas situaciones por las que pasan nuestros países requieren un discernimiento profundo y exigen un **espíritu de búsqueda de la verdad**. Esto es de suma importancia teo-lógica. Los nuevos procesos de liberación, las luchas revolucionarias, las nuevas sociedades no capitalistas que están surgiendo o que se vislumbran, la reconstrucción de los países son tierra nueva, también para los religiosos, en la que hay que aprender a vivir como hombres, como cristianos y como religiosos.

Surgen entonces preguntas serias. ¿Cómo encarnarse en procesos liberadores y revolucionarios? ¿Cómo apoyar lo que tienen de justo y bueno? ¿Cuál debe ser nuestro aporte más importante y específico? ¿Cómo mantener la sana autonomía y la especificidad nuestra? Para responder a todas estas preguntas los saberes previos no bastan, ni siquiera los saberes cristianos y los que provienen de nuestro carisma. Nos encontramos sim-

plemente ante una nueva historia y, por ello, ante una nueva palabra de Dios.

Para no ignorar o desvirtuar la novedad de la historia y, sobre todo, para discernir la voluntad de Dios en ella se necesita espíritu, corazón y ojos limpios que no retienen la verdad ya sabida, sino que buscan en verdad la voluntad de Dios. Vida "espiritual" significa entonces vida con un apasionado espíritu por la verdad.

2.3 La situación histórica de nuestros países cambia, y cambia en cosas fundamentales, lo cual exige un **espíritu de fidelidad**. La historia dura y trae consigo novedades. Si es cierto, como decíamos antes, que hay que encarnarse en cada situación histórica, tal cual ella llega a ser, no es menos cierto que la encarnación no se realiza de una vez para siempre, sino que hay que estar siempre dispuestos a una nueva conversión.

Los últimos diez años en Centroamérica son un ejemplo de lo que ha cambiado la sociedad y la Iglesia y de la necesidad de sucesivas conversiones. Incluso cuando ha triunfado un proceso revolucionario, como en Nicaragua, la historia no se estanca, sino que surgen nuevos problemas y exigencias. Y si miramos la historia para el futuro nadie puede predecir lo que sucederá dentro de diez o veinte años.

La disponibilidad a una continuada encarnación, a la honradez con la historia tal cual ésta llega a ser, exige la indiferencia y disponibilidad que nos exigía S. Ignacio. Exige la fidelidad a Dios también a través de lo desconocido de la historia, la disponibilidad a abandonar la casa paterna como Abraham y a "caminar humildemente con tu Dios" como decía el profeta Amós. Vida "espiritual" significa entonces vivir la historia con espíritu de apertura, de disponibilidad, de fidelidad.

2.4 Quisiera mencionar por último un fenómeno extendido dentro de la Iglesia y de la vida religiosa. Se trata de la división de diversos grupos, cada uno de los cuales quiere reivindicar para sí el ser la verdadera Iglesia o el ser la forma verdadera de vida religiosa. Creemos que esta cuestión solo la zanja en último término, y exige por ello, el **espíritu de santidad**.

No es infrecuente que unos quieran mostrar su verdad apelando a la ortodoxia, mientras otros — con mayor razón, en mi opinión — apelan al

evangelio y a la teología más acorde con él. Unos apelan al poder de la autoridad para dilucidar los problemas, y otros apelan al poder de la razón teológica. Así los primeros repiten que la verdadera Iglesia es la Iglesia institucional, con su jerarquía, su doctrina etc., mientras que los segundos afirman que la verdadera Iglesia, sin negar nada de lo anterior, es la Iglesia de los pobres.

No quisiera negar la importancia de la argumentación teológica para dilucidar el problema de la verdadera Iglesia. Lo que quisiera añadir es que en último término el verdadero poder de cualquier grupo eclesial que reclame para sí el ser verdadera Iglesia no es otro que la santidad. Sólo con santidad se gana a largo plazo la batalla de la verdadera Iglesia, aunque se pierda a veces a corto plazo, como lo muestran las vidas de muchos santos y fundadores de órdenes religiosas.

Quien de veras ame hoy a la Iglesia, quien quiera su renovación, quien quiera ayudarla en la actual situación de confusión y división, tiene que estar dispuesto a dar el testimonio de la santidad. Sería erróneo confundir amor a la Iglesia con la defensa a ultranza de la institución y de la ortodoxia. Pero sería también insuficiente, aunque no erróneo, mostrar el amor a la Iglesia sólo a través de una correcta argumentación teológica.

Y lo que decimos de la Iglesia sirve también al interior de la vida religiosa en la medida en que existe confusión y división. En último término sólo la santidad se impone por sí misma y sólo la santidad ilumina con credibilidad la verdad de la argumentación. Por ello, en la actual situación de la Iglesia, vida "espiritual" significa espíritu de santidad.

2.5 Estas son algunas de las realidades actuales que exigen una vida "espiritual". En teoría son realidades cuyas exigencias pueden ser formuladas universalmente: fortaleza, discernimiento, fidelidad, santidad. Pero la situación actual las hace evidentes o más evidentes y, sobre todo, exige un contenido concreto.

La conclusión es la importancia de vivir con espíritu, tanto por necesidad como por buscar eficacia histórica. Al nivel argumentativo quizás no se pueda decir mucho más, ni es éste el momento de elaborar teóricamente esa necesidad y esa eficacia. Si ha quedado bastante claro la necesidad de la vida histórica para la vida espiritual, crece la convicción de la necesidad

de vivir con espíritu, precisamente cuando más se ahonda en la vida histórica.

A veces es difícil poner en palabras en qué consiste ese espíritu. Quizás sea mas fácil señalar su ausencia. Pero tampoco se puede negar que en presencia de hombres y mujeres con espíritu, aun sin poder definirlo adecuadamente, notamos algo nuevo. Notamos que su vida histórica, su opción por los pobres, su lucha por la justicia, su compromiso con procesos liberadores y revolucionarios tienen algo de especial, que lejos de apartarlos de la historia otorga a su vida una profundidad y una calidad especial. Y si es difícil definir la vida con espíritu, no lo es apuntar a personas concretas o a grupos religiosos que lo poseen y lo manifiestan. Mons. Romero fué un hombre con espíritu. Comunidades de religiosas entre campesinos, comunidades de base, hombres y mujeres que trabajan desinteresadamente, con gran entrega y generosidad, con humildad y disponibilidad, nos dicen mejor que muchas palabras lo que significa vivir la historia con espíritu.

3. Vida espiritual y prácticas espirituales comunitarias

La vida con espíritu es ya una práctica espiritual y además la práctica espiritual por excelencia. Pero, como decíamos antes, la nueva importancia que se le da a la vida espiritual ha hecho replantear la problemática de las prácticas espirituales en plural. No voy a detallarlas ahora ni a analizarlas. Esto es precisamente lo que trataremos de hacer después entre todos. Sólo quisiera hacer algunas reflexiones para mejor analizarlas, evaluarlas y prepararlas para el futuro.

3.1 Las prácticas espirituales, entendidas cristianamente, tienen sentido a un triple nivel. En primer lugar como momento de iluminación de la práctica histórica, es decir, como momento de ponerse explícitamente a la escucha de la palabra de Dios y discernir sobre ella, como momento sosegado de discernir lo que en la vida histórica hay signos de los tiempos. En segundo lugar como momento de motivación, dejándonos interpelar por la palabra de Dios, por el ejemplo de Jesús y por la realidad histórica, recogiéndonos en lo más profundo de nosotros mismos y dejándonos juzgar y animal por lo que es lo último para nosotros. En tercer lugar como momento de explicitación de la vida histórica, con gozo y agradecimiento cuando el reino de Dios se ha hecho más cercano a los pobres, y con humildad y arrepentimiento cuando hemos sido causantes de lo contrario.

3.2 Las prácticas espirituales en cuanto “comunitarias” tienen una doble importancia apostólica y personal. Al nivel apostólico debemos recordar que el último término tanto la Iglesia, como las órdenes religiosas y sus comunidades son fundamentalmente un cuerpo apostólico, Como S. Ignacio lo recalcó para la Compañía. La búsqueda de la voluntad de Dios y el discernimiento debe por lo tanto tener también una dimensión de cuerpo, una dimensión comunitaria, sin que esto quite la necesidad del discernimiento personal, como la persona se ve exigida e interpelada por Dios.

Además en la actual situación histórica en la que, como hemos visto, existe con frecuencia confusión y división ante las novedades de la historia es de suma importancia poner mecanismos espirituales que puedan llevar al consenso. Aunque las divisiones son en parte históricamente inevitable se debe hacer el esfuerzo por separarlas para una mayor eficacia apostólica.

Al nivel personal, las prácticas espirituales comunitarias son una de las formas de vivir la fe conjuntamente con los testigos de la fe. El vivir conjuntamente la fe es una realidad enraizada en la psicología humana y recogida también en la fe cristiana. Recordemos que cuando la Carta a los Hebreos trata de la fe y trata de animar a los cristianos a mantener la fe en tiempos de persecución presenta en primer lugar a los testigos de la fe. Más que de objetos de fe presenta a sujetos de fe, culminando con el gran testigo Jesús. Lo que hay de comunitario en las prácticas espirituales tiene como una de sus finalidades el poner a la persona en relación con los otros testigos de la fe, para que se realice también al nivel de la fe la exigencia paulina de llevarse unos a otros, de aportar cada uno de su propia fe y dejarse confirmar por la fe de otros.

3.3 Digamos por último lo que nos parece ser el contenido fundamental de las prácticas espirituales que más ayude a la iluminación y la motivación. No podemos detenernos ahora en detallar este contenido. Pero su estructura básica sería hacer presente el origen de la fe y su continuada novedad. Lo primero remita sustancialmente a Jesús como quien ha vivido originariamente y en plenitud la fe. Lo segundo remite a la novedad del Espíritu de Dios, a la siempre actual y novedosa manifestación de Dios en y a través de la historia.

Esto se realiza ciertamente en la celebración de la eucaristía en la que debe recordarse la memoria peligrosa de Jesús en el momento de su definitiva

entrega a los hombres y en la que, a través de las lecturas, homilías, reflexiones y peticiones, se hace presente la actual novedad de Dios.

Y se realiza también en algo que es típico de la espiritualidad de la Compañía de Jesús: los ejercicios espirituales de S. Ignacio, con su doble dimensión cristo-céntrica y teo-céntrica. Con lo primero S. Ignacio nos remite siempre a Jesús, como al origen normativo y modelo fundamental de nuestra práctica y del espíritu de esa práctica: la misión apostólica por un lado y el espíritu de pobreza, humildad y empequeñecimiento por otro. Con lo segundo S. Ignacio nos remite siempre a Dios y a su actual voluntad, a elegir siempre aquello que Dios quiere aquí y ahora sin poner límites a esa voluntad. El seguimiento de Jesús y el discernimiento de la voluntad de Dios son los elementos fundamentales de la espiritualidad ignaciana.

Me parece a mí que sean cuales fueren las prácticas de la vida espiritual deben estar presentes estos dos elementos. De esta forma las prácticas espirituales no aparecen como algo añadido a la "vida" espiritual, sino como su explicitación real al nivel del sentido y del símbolo. Y por ello son importantes, porque recogen a ese nivel lo que es en verdad la sustancia histórica de la "vida" espiritual: la práctica histórica según el seguimiento de Jesús y el modo de realizarla según la total apertura de Jesús hacia Dios.

